

DOMÍNGUEZ IRIBARREN, Florencio y FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka: *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*. Madrid: Tecnos, 2018, pp. 381.

Sé que no suele ser habitual empezar una reseña con una reflexión personal, pero en este caso lo considero necesario. Por casualidades de la vida, durante el tiempo que estuve leyendo *Pardines. Cuando ETA empezó a matar*, libro coordinado por Florencio Domínguez y Gaizka Fernández, la banda terrorista anunció su cese definitivo. Una disolución final que, realizada en diferentes entregas, duró casi siete años desde que se anunciara el cese de su actividad armada en octubre de 2011 y que ni vino acompañada de proceso de reflexión alguno, que hubiera llegado demasiado tarde, ni se esperó que lo hiciera. Ciertamente es que ETA admitió su «responsabilidad directa» en el «sufrimiento desmedido» que padeció la sociedad vasca y que expresó su «respeto» por las víctimas (*Público*, 20/04/2018), pero, tales declaraciones –no exentas de cierta ambigüedad– no borraron esos *años buligánicos* de los que en esta obra habla Jesús Casquete, esas «décadas en que la barbarie condicionó la vida política, social, económica y cultural de todo un país» (p. 176).

Y es que en aquella admisión de responsabilidad pareció que todas aquellas «familias devastadas, mujeres viudas, jóvenes, algunas de ellas embarazadas y con niños de corta edad a su cargo» (p. 161) fueron simplemente daños colaterales del «conflicto vasco», por utilizar las mismas palabras que la literatura militante, y que, por consiguiente, no necesitaban reparación, aún habiendo sido *cosificadas y animalizadas* durante décadas (p. 133). Incluso se explotó esa idea, ese mantra tan bien empleado por ETA y su entorno político, que muy acertadamente recogen en esta monografía Javier Gómez y José Antonio Pérez, de que la violencia «fue inevitable,

nunca fue buscada por la organización y cuando esta finalmente se produjo, fue en respuesta a la represión genocida sufrida por el Pueblo Vasco» (p. 155). Así, en el seno de quienes justificaron y legitimaron políticamente las acciones de la banda terrorista, se hizo efectivo ese relato, ese mito, «reconfortante y conveniente» de que finalmente «la ETA buena», esa que dejó las armas en pos del juego político, acabó por imponerse sobre la «ETA mala, la empeñada en seguir matando a pesar de las sucesivas oportunidades de dejar de hacerlo» (p. 102). En consecuencia, la sociedad vasca se enfrenta desde entonces a situaciones distópicas en las que aparecen pintadas con mensajes en los que se agradece a ETA *los años de servicio al Pueblo Vasco* con frases como «Eskerrik asko, eusko gudariak (muchas gracias, guerreros vascos)» o «ETA herria zurekin (ETA, el pueblo está contigo)».

La disciplina histórica se enfrenta, pues, a la ardua tarea de desmitificar todo esto, llamando a las cosas por su nombre, para reconstruir el pasado a través de un relato objetivo con ánimo de comprender –que no de justificar– los comportamientos de sus protagonistas, buscando, como señala López Romo, «los factores que explican por qué las cosas sucedieron de una forma y no de otra», sin que ello implique «usurpar la tarea del juez» (p. 145). Parafraseando a Sara Hidalgo, es el momento de historiar, de enseñar a las nuevas generaciones a ser críticas, mostrándoles «las consecuencias del fanatismo y de la violencia terrorista» (*El Correo*, 1/05/2018, p. 28).

El libro que aquí se presenta es un claro ejemplo de cómo combatir todo esto y desmontar aquellos mitos por los que ETA ha matado. Porque la Historia no debe escribirse desde ningún lado, ni ningún bando. Debe hacerse desde la objetividad de los hechos y de la sensibilidad, sobre todo, cuando se trata de una cuestión tan dolorosa como el terrorismo, porque como señala Fernández Soldevilla en la obra: «el

historiador no es ni un policía, ni un fiscal, ni un juez; ni ansía ejercer de tales. Nuestro oficio es otro, también las normas que lo rigen y su propósito: ofrecer un relato plausible, veraz y riguroso acerca del pasado, elaborado por medio de una metodología precisa y del examen exhaustivo de las fuentes disponibles» (pp. 101-102). Pero, también, se debe ser consciente, como apunta Fernando Aramburu, de que «un relato, por muy verídico que sea y aunque esté fundado en pruebas fehacientes, por fuerza, constituye una versión y un resumen» (p. 13).

Siguiendo las premisas señaladas, los coordinadores de este libro han reunido a un amplio elenco de historiadores, periodistas, sociólogos y politólogos¹, inmersos en plena batalla por el relato, que se han propuesto no solo esclarecer en sus asequibles capítulos cómo y por qué ETA decidió empezar a matar, sino profundizar en cuáles fueron las causas y consecuencias del asesinato del guardiacivil José Antonio Pardines Arcay, considerado como el punto de inflexión en la estrategia violenta de ETA. Todos coinciden en señalar que los militantes de ETA tuvieron la opción de elegir no matar, pese a que desde principios de la década de 1960 vinieran realizando actos de sabotaje, atentados, secuestros, propinaran palizas, radicalizaran violentamente su discurso y utilizaran el chantaje económico como arma. De hecho, muchos movimientos políticos de esta época, que realizaron reivindicaciones similares a las de ETA y que fueron igualmente reprimidos por el franquismo, optaron por no hacerlo, como ESBA, que se manifestó contra el uso de la violencia y contra ETA (p. 66).

1. Juan Avilés, Jesús Casquete, Santiago de Pablo, Florencio Domínguez, Gaizka Fernández, Javier Gómez, Óscar Jaime, María Jiménez, Roncesvalles Labiano, Raúl López, Javier Marrodán, José Antonio Pérez y José María Ruíz Soroa.

Sí, siempre tuvieron la opción de elegir otra estrategia a seguir, porque durante aquellos años no había sangre en sus manos, pero optaron por el asesinato como forma de conseguir sus objetivos. Y, aunque el asesinato de Pardines a manos de Txabi Etxebarrieta –que resultó muerto como consecuencia de un tiroteo con la Guardia Civil– fuera el detonante definitivo en su estrategia de terror, la verdad es que todo este suceso, ocurrido el 7 de junio de 1968, solo visibilizó antes de tiempo lo que ETA ya había planeado para Melitón Manzanas y José María Junquera: segar la vida de sus enemigos.

En este sentido, los especialistas reunidos para esta monografía se han propuesto estudiar el fenómeno terrorista y, especialmente, el caso Pardines desde diferentes ópticas: analizar el terrorismo de ETA atendiendo al contexto internacional y estatal, prestar atención a sus estrategias –especialmente la de acción-reacción que impulsó la espiral de violencia– y, sobre todo, acercarse a estas cuestiones desde un enfoque reparativo con las víctimas del terrorismo. También se dedican varios capítulos a las consecuencias del caso Pardines como son aquellos centrados en analizar cómo su figura, «la del hombre, el ser humano, el joven asesinado» (p. 156), fue condenada al olvido, como si los astros se hubieran alineado para que pasara desapercibida, y, en cambio, su victimario, su asesino, fuera aupado a los altares de la patria como «el primer mártir de la causa nacionalista vasca ensalzado con nombre y apellido y conmemorado de forma ritual, a la altura del Che Guevara» (p. 182). De hecho, resulta llamativo que aún hoy, 50 años después del suceso, Pardines continuara siendo «una víctima sin biografía» (p. 158), por lo que se agradece que los expertos aquí reunidos hayan arrojado luz al respecto. Igualmente, es reseñable la labor de análisis realizada sobre la producción literaria e historiográfica que se ha ocupado del caso Pardines,

mostrándose la divergencia de versiones entre obras académicas, ensayos, libros periodísticos y literatura militante, llegándose a la conclusión de que memoria y desmemoria pugnan por el relato de los hechos.

Y, pese a que el caso Pardines ocupa más de la mitad de la obra, con notables avances al respecto como el esclarecimiento del suceso, que elabora Gaizka Fernández analizando críticamente las lagunas e incongruencias sobre «el relato oficial» del asesinato, y el desmontaje del mito creado por el nacionalismo radical de que la pistola utilizada por Etxebarrieta entroncaba con los *gudaris* de la Guerra Civil, realizado por Casquete, hay espacio también para otras cuestiones íntimamente relacionadas. Así, Óscar Jaime muestra de qué manera respondió el Estado franquista contra ETA y cómo fue evolucionando la estrategia policial y judicial en plena acción-represión, mientras la banda comenzaba a ganar simpatías dentro de la ciudadanía. Labiano y Marrodán, por un lado, examinan qué estrategias utilizaron las Fuerzas de Seguridad para luchar contra ETA, y, por otro, analizan el papel que jugaron personas como José Antonio Martínez Anido a la hora de conocer la estructura organizativa de la banda terrorista tras la crisis de Bidart, producida por la desarticulación de la cúpula de ETA a manos de la Guardia Civil y la policía francesa en los años 90.

Asimismo, María Jiménez pone nombre y apellido a la primera víctima no mortal de ETA; examina las primeras víctimas mortales del terrorismo (ETA, FRAP, GRAPO, etc.), proporcionando tablas con número de víctimas, cronología y localización; señala el primer civil asesinado por ETA, el inicio de los secuestros y la conversión de políticos y alcaldes en objetivo de la banda; e identifica diferentes casos de terrorismo aún por esclarecer. Por último, Ruíz Soroa realiza una valoración en torno al *peso de la responsabilidad*, recomendando «un estudio de las razones de todo tipo por las que

la violencia terrorista etarra no ha provocado una deslegitimación y rechazo social de los cánones nacionalistas que la inspiraron, de manera que el nacionalismo haya podido *salvar los muebles* en el naufragio de ETA, y pueda hoy seguir contando como discurso último el mismo que inspiró la génesis de esta (por mucho que inspire su política cotidiana en un cauteloso, pero implacable posibilismo)» (p. 326).

Todas estas cuestiones se complementan con dos magníficos capítulos centrados en el surgimiento del fenómeno terrorista en el marco internacional y estatal y la situación vasca durante el segundo franquismo, realizados por Juan Avilés y Santiago de Pablo, respectivamente. Avilés clarifica cuál fue el contexto en el que surgió ETA: «un episodio más en el inicio de una oleada que afectó a muchos países» y que está «lejos de ser un fenómeno puramente español» (p. 21). Así, señala la llamativa sincronía existente en el arranque de la violencia revolucionaria y el terrorismo en diferentes ámbitos geográficos, como Italia, Alemania, Estados Unidos y Argentina, entre otros, surgidos al calor de los movimientos juveniles contestatarios de 1968, matizando, que, aunque se ha filiado el terrorismo de los 70 con la contestación de los 60, «es difícil buscar el origen de ETA o de los GRAPO en amplios movimientos contestatarios» (p. 28).

De Pablo, a su vez, estudia la situación vasca durante el segundo franquismo, incidiendo en la existencia de ciertos *espacios de libertad*, para desdibujar esa imagen de anquilosamiento y hermetismo que se ha creado de todo el franquismo para justificar ciertas tesis partidistas sin atender a la realidad de los hechos: «como si la ignorancia viniera a refrendar la falsedad de que el País Vasco en su conjunto no tuvo que ver con aquella» (p. 41). Para ello, resume la situación social, económica, cultural y política de la Euskadi de los 60, deteniéndose en el papel de la Iglesia católica, la relación

PNV-ETA, el papel de otros partidos opuestos al régimen o la progresiva deriva violenta de la organización terrorista, con el objetivo de comprender la coyuntura en la que ETA decidió empezar a matar.

La obra *Pardines. Cuando ETA empezó a matar* reconstruye críticamente una parte de la memoria del terrorismo y de algunos de sus acontecimientos, mediante un relato que se ha escrito, como apunta Florencio Domínguez, «desde la perspectiva de las víctimas porque de lo contrario nos arriesgamos a verla escrita desde la perspectiva de los terroristas» (p. 19). Por tanto, no me cabe duda de que esta monografía es un estudio de enorme valor por su calidad y rigurosidad científica y una contribución de gran valor a la historiografía contemporánea vasca. Gracias a obras de este tipo se construye científicamente la historia de ETA a la par que ayuda a formar en valores a la ciudadanía del siglo XXI, combatiendo cierta amnesia colectiva a la que se está asistiendo en la actualidad.

Sin embargo, bajo mi punto de vista, al igual que ocurre con otras obras publicadas recientemente sobre ETA, sus orígenes, influencias y evolución estratégica, me sigue quedando una duda que creo que sigue vigente, aunque en parte se resuelve en algunos capítulos, donde subyace la idea de que hubo una decisión premeditada por parte de ETA de empezar a utilizar el asesinato como parte de su estrategia. La duda es la siguiente: teniendo bien presente que son las personas las que deciden

matar y no las ideologías, porque en última instancia son las personas las que toman esa decisión, más allá de factores políticos, ideológicos o contextuales, ¿qué es lo que motivó realmente a Txabi Etxebarrieta para que decidiera asesinar a José Antonio Pardines? ¿Fue un acto premeditado o la decisión de un perturbado, de un desequilibrado, la de un demente? ¿Qué pudo empujar a un ser humano a apretar el gatillo y asesinar a otro solo por pensar diferente?

Cuesta comprender cómo y por qué ETA empezó a matar y siguió haciéndolo, quizá, por aquello de que resulta inasumible que los criminales y asesinos también sean humanos. En este sentido, podría resultar clarificador un estudio del perfil psicológico de sus miembros para así conocer una realidad mucho más compleja. Y es que, imaginemos por un momento que Etxebarrieta hubiera sido una persona trastornada y que, por ello, hubiera decidido por su cuenta y riesgo cometer esta acción, ¿por qué los subsiguientes militantes de ETA que decidieron matar hicieron lo mismo y no optaron por otro camino? ¿Fueron todos unos psicópatas o se fueron construyendo como tal? ¿Mataron, parafraseando a Todorov, para protegerse de peligros que muy posiblemente solo existieron en su imaginación (*La memoria* ¿un remedio contra el mal?, p. 18)?

David Mota Zurdo,
Doctor en Historia Contemporánea,
Universidad Isabel I